

necesitan la fidelidad representativa y cuyas diferencias con la realidad pueden suponer su mejor interpretación, pues modernamente se prescindir de hasta de la figura y se pinta un ojo con cuatro garabatos o se forma una madeja de telarañas diciendo que aquello es el alma o la alambicada expresión del sentir actual, pero cuando a la obra realizada se le pone un nombre, no se la puede desfigurar porque es lo primero que ven todos. Cosa muy diferente es cuando la figura es un símbolo que se mira más el motivo que la representación y el artista puede fantasear a sus anchas hasta dar con el quid de la idea que quiere representar, la vejez, la alegría, la primavera etc, pero fulano no puede ser más que fulano con todo lo que lleve dentro o lo que le falte, pero, eso sí, se puede dar a entender o caricaturizarlo como mis propias narices.

No hay que olvidar tampoco que no estamos en una escuela de arte, sino en un pueblo donde hay muchos todavía que han convivido con los pintados y los recuerdan con pelos y señales del cuerpo y del alma por lo cual habrá de perdonar nuestro querido Gabriel que se medie entre su propia concepción y la realidad para que los lectores no se encuentren sorprendidos ante la discrepancia formal.

Y veamos los ejemplos de estas personas que se han comentado tantas veces a lo largo de la presente obra aunque sin poder acompañarlas de fotografías, pero teniéndolas grabadas a fuego en el propio pensamiento.

De los ocho dibujos sólo uno es simbólico, el del grupo de los molinos, los otros siete corresponden a personas físicas como dicen ahora los de Hacienda y el mejor interpretado es Antonio el de las tortas en su cabeza de oligofrénico típico y más manifiesto por su extravismo am-

ANTONIO el de las TORTAS

LA SIRA

